

Bernardo Ezequiel Korembli

ROMANSK INSTITUT
ÅRHUS UNIVERSITET

**Coherencia
de la
Paradoja**

Ediciones Tres Tiempos

Bernardo Ezequiel KOREMBIT
Coherencia de la Paradoja
B.A. Tres tiempos 1987

EL DESCUBRIDOR BORGES

“...como los escritores, además son individuos, están reaccionando en un mundo político, están cargados de política. Pero todo eso no facilita la lectura en lo que las obras tienen de literarias. Aquí radican estas confusiones extraordinarias. Por ejemplo, un escritor como Alejo Carpentier, que, desde el punto de vista político, está en una posición revolucionaria” (sic) “como escritor es un escritor reaccionario. En cambio, Jorge Luis Borges, que está en una posición antirrevolucionaria, es, a pesar de todo, un escritor revolucionario como escritor. Y si no tenemos en cuenta estas paradojas, no vamos a poder entendernos”.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

La literatura vale poco cuando se aleja demasiado de la inteligencia (y mucho menos vale si se aleja más de lo conveniente, como lo explicaría su infalible evaluador de las distancias entre la creación y la crítica). Los fervores son apenas entusiasmos intrascendentes cuando se alejan demasiado de la literatura (al menos para un escritor). Borges, que está raigalmente cosido a la poesía y a la literatura y no unido a ellas por hilvanes provisorios, aplica su inteligencia a una inquisición, un cuento, un ensayo, un poema, una laberíntica indagación metafísica, con el fervor que los hace trascendentes, con esa transcendencia que para Spinoza —filósofo bastante borgiano tal como Borges es bastante spinozista— consistía en convertir los elementos empíricos (aparentemente) en elementos substanciales y a veces definitivos.

La diferencia entre un gran hombre y un gran poeta reside en que el gran hombre tiene una ética ponderable y el poeta una estética admirable (que incluye la ética, al contrario del ético que no siempre contiene a la estética), y si ante esta alternativa un señor con mucha calvicie (quien tiene mucha calva tiene mucha experiencia, según suele suponerse) me pide que establezca esa diferencia entre el hombre que es Borges y el escritor que él es, le diré que, por esta vez, la distinción entre uno y otro, o la opción, son imposibles. ¿Y sabe, señor, por qué? Pues porque, contra todos los rigores de la lógica y su frío, frígido y antártico cientificismo, la obligación de razonar se somete a una imponderable y maravillosa evidencia, que nos desagravia de tantos sinsabores de la lógica: que no existe diferencia en el creador de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, entre el hombre que nació en 1899, un 24 de agosto (aniversario de la noche de San Bartolomé y noche en que, según

el propio Borges se complace en señalar, el diablo anda suelto y a la caza de ángeles) y el inmenso poeta argentino al que, es cierto, se le premia, se le elogia, se le ponderan muchas obras (todas sus obras), pero a quien —para que nadie diga que todas son loas en esta nota— no se le puede perdonar una cosa: que haya quitado a la posteridad muchas posibilidades de ser superado. Jorge Luis Borges, el hombre y el poeta, son una sola entelequia, y creo que *todos los que él es* constituyen un ser indivisible, unitario o impar, como las semillas que tienen un solo cotiledón. Finalmente, le recordaré, experimentado glabro señor, que el filósofo, poeta, músico, filólogo y pintor holandés Rolef Hausmann, conocido por Rodolfo Agricola, y nacido también un 24 de agosto —pero hace 502 años— declaró que uno escribe *ut doceat, ut moveat, ut delectet*, “para enseñar, para conmover, para deleitar”, y esto sólo puede hacerlo un gran hombre que sea a un tiempo un gran poeta, o simplemente un poeta de su propia vida, es decir, uno que es poeta aunque no escriba versos, al revés de los que escriben versos pero no son poetas. Además, debo decir que el poeta, el artista, es el primero que ve el camino que los demás transitarán después, y Borges es, precisamente, un precursor y un adelantado, y ésta es la razón de sus piadosas actitudes, reflejadas en sus ironías, en su humor, aunque también en sus serias, graves, profundas concepciones literarias, pero vitales, anotación pertinente para los que tienen el tupé y el ameno desenfado de afirmar que la literatura no es vida, como si hubiese otra vitalidad más apasionante y apasionada que la literaria u otra existencia más ardiente y ardidada que la literatura. Es verdad que de los sabios recalvastos y de los omniscios de toda información puede decirse que son hombres que saben todo lo que un hombre puede saber, pero no saben más que eso. De un poeta, de un escritor como Borges, puede afirmarse que saben mucho más que eso, y lo menos que puede decirse en su elogio (y para hacerles justicia) es que —como en el caso de Borges— un creador, cuando dice todo lo que sabe —sobre la escritura del Dios, sobre un compadrito, sobre el ajedrez, sobre la historia del guerrero y la cautiva, sobre el misticismo numerológico o sobre el arroyo Maldonado— lo dice con sus ideas y su belleza como si no lo supiera o no le

importara saberlo: el testimonio de esta documentada verdad —para que toda la alopecia y toda la calvicie de la experiencia no puedan refutarlo— aparece en Chesterton, en Henry James, en Blake, en Swedenborg, en Borges. La madurez es todo, como lo ha dicho Shakespeare: *ripeness is all*; pero la perfección también lo es, y *el amor intelectual a una cosa consiste en entender sus perfecciones*, para repetir a Spinoza, con quien Borges mantiene una intrinsiqueza espíritu-intelectual como las que lo unen a Adolfo Bioy Casares, y a Raúl Soldi, y como las que lo unían a Carlos Mastronardi y a Manuel Peyrou. He citado a Shakespeare y a Spinoza no solamente para que estén aquí esos dos amigos entrañables de Borges, sino para demostrar que la observación inteligente no es exclusiva invención mía...

Confieso que no puedo hablar o escribir con un frío y elegante aire impersonal si lo hago sobre Borges, y por consecuencia diré que de antiguo me ha invadido la certidumbre de que si Borges no hubiese escrito *Deutsches Requiem*, *Las alarmas del doctor Américo Castro* o *Mateo XXV, 30*, me preguntaría por qué. También me lo preguntaría si no hubiera creado el poema *Los dones* y el insenescente *Hombre de la esquina rosada*, tal como seguramente me propondría la misma interrogación si Borges no hubiese escrito todo lo que ha escrito. Sin esos cuentos, ensayos, inquisiciones y poemas, la literatura sufriría un déficit que de alguna misteriosa manera sus devotos notaríamos aunque no fuésemos esotéricos revisores o síndicos zahoríes indagadores de un pasivo no muy visible pero que existiría y lamentaríamos. Y si Borges no hubiera nacido también me preguntaría por qué. También yo perteneczo a esa categoría de lectores de Borges que, según la acertada anotación de Isaac Wolberg, *lo leen con fruición, dos, tres, o cuatro veces, sonrían y enjugan una lágrima, según el tema, y corren al teléfono a leérselo a los amigos*.

El mundo y la vida (y en ellos se incluye jocunda o dramáticamente la literatura) está compuesto de reglas y excepciones. Todo lo que es *in genere* está completado por lo que es *sui generis*, razonen como quieran los espíritus unilaterales que no ven las dos fases del todo y las muchas facetas de las cosas y los seres que ha creado el Señor. Es necesario, enton-

ces, reconocer que exceptuando a David, a Salomón y a Ezra el escriba, y a Lucas, Mateo, Marcos y Juan, ningún escritor es inobjetable, y por extensión tampoco lo sería Borges. Pero las recusaciones y objeciones que la calvicie y la experiencia puedan hacer —insensatamente— a Borges: perfección estilística, frialdad, esteticismo, literatura lúcida, el número 12.013 de su ficha de afiliado al partido Demócrata Conservador (“creo que es un buen rasgo de humor, ¿no?”), y toda una sucesión de insensatos etcéteras, son equivalentes a otras objeciones que, lo reconocemos, no padecen ni los cuatro evangelistas ni Ezra el escriba ni David ni Salomón: la excesiva extensión de algunas escenas de Shakespeare, la mala sintaxis de Dostoievski, el abrumador barroquismo espiriforme de Quevedo, la fatigosa pormenorización acicular de Proust, el carácter demasiado helicoidal de algunas escenas de Molière, la frialdad de Borges. Creo que nadie dejará de comprender que si he hecho esta anotación es para que se advierta que no soy, ni aun en estas páginas ponderativas, un incondicional admirador hincado y devoto de Borges. Lo considero objetable, como Shakespeare, Dostoievski, Quevedo y Proust, estimables escritores, según mi modesta opinión.

He leído y pensado a Borges, y de ambos ejercicios inferí que Borges es —ficciones, inquisiciones y poesía mediante— un descubridor, no a la manera de tantos descubridores cuyos hallazgos tienen por lo menos dos inútiles sentidos y no son verdaderos descubrimientos: que la mano cerrada se llama puño y que lo revelado carece de importancia; e —imperdonablemente olvidaba un tercer sentido— que lo descubierto es pernicioso, como lo es casi siempre la espada desenvainada, siendo lo más beneficioso que permanezca dentro del estuche protector y no descubra su hoja dañina. Los descubrimientos del creador de *El Aleph* son fecundos y felices, a veces sensacionales, casi siempre ululantemente originales y siempre inteligentes, de acuerdo con esa pupila y pestaña de la inteligencia que es Borges. El acérrimo ocupado en cosas menos trascendentales que la literatura, como la política y otras operaciones aliterarias y antiliterarias, y el pretendiente a la baudeleriana orgullosa satisfacción de no asombrarse jamás para asombrar a los

demás con su impavidez, son los únicos que leen a Jorge Luis Borges sin admirarse ante sus singularidades, sin pasmarse ante sus prodigiosas deducciones y sin admitir el carácter exclusivo de su estilo y la naturaleza monódica de su originalísima voz poética. Apareceré un tanto chestertoniano si explico, del modo como lo haré, esa actitud infructuosamente antiborgiana de los que intentan vacunarse contra la evidencia de que Borges es uno de los genios de la literatura, pero las enseñanzas del padre del Padre Brown no pueden ser desperdiciadas: los impertérritos que sacrifican admiración y fruición son, final y fatalmente, imperturbables piedras ingas inmoladoras del fruitivo maravillarse en el altar de la impavidez (¡qué pueril tontería!) porque —entro ahora en Brown y Chesterton puros— ignoran que la verdad (la verdad es: Borges sincopiza al lector) es más extraña que la ficción (la ficción es: Borges no debe sincopizarme), puesto que la ficción nos la hacemos a nuestro gusto y en cambio la verdad se nos da hecha gústenos o no su semblante. He sido en este punto un tanto tautológico porque veo a Borges en la lista evidente y obvia de los escritores cuya obra es irrecusable desde el estricto punto de vista literario. Los recusadores, embozada o manifiestamente, despegan de una base política, pero el vuelo no es elevado: son recusaciones que no despojan de su principado a los príncipes de las *bonæ litteræ* ni significan una razonable oposición a que engruesen la breve lista que la historia de la literatura ha hecho y de tanto en tanto hace de los escritores y poetas indiscutibles e irrefutables. Discutirlos y refutarlos es una puerilidad que no merece esta tautología en que me he empeñado en lugar de hablar de Borges con despreocupación de sus opugnadores, y decir por qué es un descubridor excepcional (lo es no porque excepcionalmente descubra algo sino porque sus descubrimientos son excepcionales).

La primera vez que leí *El muerto* —subjetivísimo cuento bonaerense-montevideano— y *El inmortal* —misteriosa pero revelada inspección en las horas y los siglos— pensé en la centrípeta seducción de la exactitud, la disciplina y el rigor intelectuales y en cómo la hincada servidumbre de la prolijidad y la puntualidad lucubradoras, limpias como el frío y depuradas como la alquimia, pueden, bajo las órdenes del arte

y el espíritu, frutecer cálidamente a favor de éstos. Leía a Borges y recordaba a Leibniz y a Abelardo, pues el filósofo de Hannover, el teólogo de París y el poeta de Buenos Aires participan del desiderátum de asir el universo sensible, bello, intelectual y artístico y traerlo a las disciplinas exactas por medio de sistemas enajenadamente concéntricos o impolutamente cuadrículados o matemáticamente diagonalizados o mediante cualquier otro sistema descubridor de la captación y el hechizo que la pasión ejerce sobre la razón. Se ve que si Borges, al razonar y *conjeturar* y *sospechar* (las bastardillas responden al carácter casi privativamente borgiano de estos verbos) asuntos eminentemente racionales, sabe traerlos a la literatura y a la poesía, y ubicarlos en el plano del espíritu y la belleza, es infundado, entonces, definirlo (y mucho más infundado recusarlo) de escritor frío. Aunque lo sea, no lo es esencialmente en las últimas estrías de sus cuentos, ensayos y poemas. Frío es Azorín, tanto por lo que razona como por el modo en que escribe lo que ha razonado, frío en sus medios y sus fines, además de intrascendente y a veces ñoño. Borges es un maestro en el arte de demostrar esa centrípeta seducción que la exactitud, la disciplina y el rigor intelectual ejercen sobre la belleza, y él mismo es quizás el escritor más seducido y que mejor manifiesta la seducción que felizmente lo aprisiona, o “de que es objeto”, para decirlo con un horrisono lugar común grato a los antiborgianos que por lo general son invictos lugarcomunistas a prueba de todos los remedios de la auténtica literatura. Quienes hayan leído neutralmente y sin prevenciones *La Viuda Ching*, *Pirata Puntual* (la fuente de Borges para la creación de esta histórica y universal infamia es *The History of Piracy*, by Philip Gosse, Londres, 1932) o *Historia del guerrero y la cautiva* o esa amplia inquisición *El ruiseñor de Keats*, “sean sinceros y digan con la mano en el pecho” (proverbial, constitucional invocación de Ramón Pérez de Ayala a los insinceros destructores de Góngora) si no es absolutamente cierto que el *magister ludi* Borges tiene un calor e incluso una pasión que, aun cuando no haga estallar el pirómetro, no es el de la tibieza asténica sino el de la cálida sensibilidad que por agencia de la ternura y el fervor irradia afectos y adhesiones impropios de la oreada insensibilidad que algún crítico hominiccaco pueda atri-

buirle. Y la última evidencia —ciertamente, no la última sino una de las evidencias estremecedoras para el lector que ha *leído y pensado* sin prejuicios ni prevenciones... políticas a este humanista argentino de cepa pero pánicamente universal— es que conmueve pensar cómo la radiestésica inteligencia de Borges, la relampagueante inteligencia de este escritor, registrada inapelablemente en el ceraunómetro de su literatura, pueda igualmente ser un escritor sensible y latiente y cálidamente humano, como se ve, además de verse en otros trabajos, en el estremecido y desgarrador *Emma Zunz*. No me aferro al misticismo numerológico —tampoco descreo de él—, pero no me sorprende que Borges haya nacido en 1899, año en que el apolíneo-dionisiaco César Frank compuso su sensual y clara sinfonía en re menor, simbiosis de inteligencia y sensibilidad.

Los símbolos de la Poesía. Perplejidad del tiempo. El lugar común. Los libros innecesarios. Literatura sin política. Política sin ética. La fecunda imprudencia. Creaciones del ocio divino. La máscara de Gracián.

La belleza un tanto áspera pero no inculta —algo así como esas nobles tierras rústicas donde los robustos campiranos han perdido ya los últimos pelos de la dehesa y, en consecuencia, tienen la hermosura de la campesinidad sin lo zafio y lo cerril— del promontorio donde en el extremo septentrional de la isla de Mallorca se levanta la ciudad de Formentor, ha sido, paradójicamente, el sitio donde se ha otorgado a un escritor y poeta esencialmente intelectual y absolutamente desvinculado del labrantío, el agro y la agrología, el *Premio Internacional de los Editores 1961*, dotado con diez mil dólares y una notoriedad universal equiparable al Premio Nobel, y desde un punto de vista exclusivamente literario, más valioso aun dada la composición del jurado y la inconexión respecto de influencias políticas y gestores diplomáticos, signos que vienen marcando al politizado Premio sueco. Los especialistas en literaturas contemporáneas que, nombrados por los editores fundadores del *Premio Internacional de los Editores*, o *Premio Formentor*, dieron el fallo proclamando el nombre de Jorge Luis Borges

—laurel que compartió con el intenso-extraño-alucinante Samuel Beckett— fueron Alberto Moravia, Carlo Levi y Elio Vittorini, por “Giulio Einaudi Editores”; Marcel Arland, Michel Butor, Roger Caillois, Jean Paulhan y Raymond Queneau (la autoridad de este extraordinario areópago, integrado por demócratas, izquierdistas y liberales, revela que nunca hubo otro de semejante carácter excepcional), por “Librairie Gallimard”; William M. Slen, Alfred Kazin y Mark Schorer, por “Grove Press”; Beda Allemann, Walter Jens y Hans Mayer, por “Rowohlt Verlag”; Max Aub, José María Castellet, José Camilo Cela, Emilia Criado, Jaime Gil de Biedma, Octavio Paz, Juan Petit y Antonio Vilanova, por “Seix Barral”; y Angus Wilson, Iris Murdosh y Petet Quennell, por “Comite Nacional Inglés”. Las deliberaciones —pro y contra (¿habría alguna a propósito de las cimas literarias propuestas?), meditaciones detenidas, predicciones del jurado— adquirieron un subjetivismo propio de la idiosincrasia de los jueces y un ritmo excitante acorde con las opiniones inevitablemente opuestas en tan disímiles pontífices de la literatura moderna. La primera de las dos últimas sesiones decisivas, realizada en el “Club de los Poetas” —que desde el lunes 1 de mayo de 1961 pasa a ser la antonomástica sala-tribunal del Hotel Formentor de Mallorca— fue el torbellino dentro de cuyo vórtice se encontraron, entre otros escritores que en nuestro tiempo han cicatrizado el pensamiento y la belleza de nuestro tiempo, Alain Robbe-Grillet, Juan Goytisolo, Gadda, Jorge Luis Borges, Claude Ollier, Samuel Beckett, Douglas Woolf y Max Frisch, y cinco votaciones consecutivas no consiguieron deshacer el empate a tres votos entre Borges y Beckett. A las diez de la noche, hora en que el faro de fija luz blanca, con destellos por períodos de treinta segundos, que se levanta en la cumbre del Cabo Formentor alcanza su máxima potencia, Carlos Barral, de la editorial epónima, pudo leer el ansiado veredicto: “Los editores fundadores se someten a la decisión de la mayoría del jurado para dividir excepcionalmente este año el *Prix International des Editeurs*. Así, pues, este premio ha sido concedido por primera vez (...) a Jorge Luis Borges por el conjunto de sus relatos y por su volumen *Ficciones*, y a Samuel Beckett por la tetralogía *Molloy*, *Malone Meurt*, *L’Innomable* y *Comment c’est (...)*” Los participantes

a esas memorables jornadas pasaron al salón isabelino donde se sirvió la comida de gala, durante la cual no se habló tanto de la suntuosa comensalía y el lujoso bodeguero como de las apasionantes incidencias previas a los premios y el carácter de los mismos, que no tienen precedentes en la historia editorial.

No he preguntado a Borges “qué impresión recibió al notificársele del premio” (un lugar común que el autor de *El idioma de los argentinos* habría rechazado extendiendo el índice y el anular al tiempo que se parapetaría tras su constitucional e insobornable originalidad), ni era necesario que celebrara la legitimidad del triunfo literario. Conocemos a nuestro Borges y sabemos que la resonante victoria es para él una inanidad: su futura gloria ya la ha consumido este prodigioso escritor, y en tratándose de condecoraciones y oraciones, nuestro Borges, el hombre y el poeta, se siente menos dichoso con ellas que hablando de todo aquello que las originó y aquello también que las originará en el futuro: la literatura, la vida, los hombres, las paradojas, los libros, la filosofía, los símbolos. Antes que conocer “su impresión” sobre el Premio internacional que ha recibido, me importa más escuchar su pensamiento de escritor “recién premiado” sobre los más variados asuntos de la vida y la literatura.

—Borges: Henri Brémond ha dicho que la poesía es hermana carnal del humor y que en todo poeta verdadero dormita un mistificador. Chesterton, defiende el humor, pero refuta a Brémond y dice que solamente en la Poesía puede encontrarse la verdad. ¿Qué opina de Brémond y de Chesterton y qué dictamina sobre esta cuestión?

—En este caso, como en tantos otros, estoy de parte de Chesterton, a quien debo tanto. Además, estar de parte de Chesterton, y sostener la seriedad esencial de la Poesía y refutar su carácter caprichoso es no sólo estar de parte de Chesterton, sino estar de parte de Aristóteles que, ya lo sabemos, escribió aquello de que la Poesía es más verdadera que la historia; es decir: para mí, en los símbolos de la Poesía hay una verdad esencial y si esa verdad no existe, los símbolos no valen nada, son meros simulacros de símbolos.

—Ya se ve que la cátedra borgiana es como la bondad de Gracián: si breve, dos veces cátedra. Y ahora, una cuestión que

sus lectores están siempre impacientes por conocer qué dice usted: Cuando he conversado o discutido sobre usted y su obra, especialmente si se alude a su tarea literaria tan diversa, he dicho siempre: a Borges le interesa una sola cosa: Todo. Aunque usted esté de acuerdo conmigo —y con más razón si no lo está— ¿puede decir qué es lo que más le interesa de la literatura?

—*En cuanto a la primera parte de su pregunta, yo querría interesarme en muchas cosas y no soy digno de ese deseo mío. Yo, por ejemplo, creí interesarme en la matemática. Leí, o traté de leer, a Bertrand Russell y a Poincaré, y no los comprendí o no estaba a la altura de ese interés. Ahora me he convencido de que hay dos cosas que me interesan: una de ellas, es el lenguaje, el lenguaje en su aplicación poética, los problemas del lenguaje, las etimologías, las simpatías y diferencias entre los diversos idiomas. Y luego hay algo que siempre me interesó y aun me aterró desde que yo era niño. Ese algo es, como ya lo sabe quien haya hojeado mis libros, el problema del tiempo, la perplejidad del tiempo, el infinito remolino del tiempo.*

—Los objetivistas de lo temporáneo y los metafísicos de lo intemporal encontrarán en su respuesta una salida al antiguo cuodlibeto que los tiene separados. Y como para los psicólogos de las elocuentes revelaciones del Tiempo, el llamado *tiempo psicológico* es el intervalo que transcurre entre la excitación (digamos, en su caso, inspiración) y la reacción, el lector comprenderá ahora la razón y el origen de muchas de sus páginas e inclusive de sus libros. Y a propósito: vayamos a los libros (no a los suyos, precisamente): Usted ha dicho que muchos libros argentinos adolecen del pecado original de no ser necesarios. Naturalmente, pienso como usted, y quizás, permítame, con más énfasis y menos indulgencia que usted. ¿Pero puede decir cuándo un libro tiene la virtud de ser necesario?

—*Un libro es necesario, me parece, cuando se escribe no por decisión del autor, sino porque el libro insiste en que lo escriban; es decir, un libro necesario es un libro que acaso se escribe contra la voluntad del autor, un libro que se escribe por medio del autor, y a veces contra el mismo au-*

tor, y eso lo vemos en el caso de todos los libros esenciales que van más allá de los propósitos conscientes de su autor. Básteme recordar a Cervantes, que quiso elaborar una parodia de los libros de caballería. Básteme recordar a nuestro Hernández, que se propuso escribir un panfleto político y escribió un poema que sigue interesándonos más allá de los problemas de las lenguas y las fronteras.

—Se ve que usted no mezcla confusiones con contusiones... Borges: Ortega y Gasset dijo que el lugar común es un tranvía que lleva a todas partes; Gide los llama *serviciales lugares comunes*, y Julien Benda dice que la adopción de un lugar común no excluye la sinceridad más profunda, como cuando se expresa: ¡Ah, Dios mío! Teniendo en cuenta que usted es uno de los escritores más antilugarcomunistas de nuestro idioma, ¿cómo juzga las declaraciones de Ortega, Gide y Benda?

—*Cuando yo era joven, tenía mucho temor del lugar común, y quería que cada frase mía fuera única y memorable. Ahora, en cambio, que no tengo derecho a los errores de la juventud, y quizás tenga derecho a los errores contrarios, considero que negar el lugar común es negar lo que han pensado, lo que han sentido, lo que han dicho las generaciones anteriores, y creo que en este caso particular la frase de Ortega resulta débil precisamente porque en lugar de usar la palabra vehículo o medio, que sería el lugar común en este caso, ha querido eludirlo, ha querido ser moderno y nos muestra un tranvía.*

—La modernidad, y la originalidad, al revés de la victoria, ¿no da derechos?...

—...*puede darlos.*

—Siguiendo con la misma cuestión: Ricardo Molinari, Abelardo Arias, Carlos Mastronardi, Jorge Masciángioli, Eduardo Gudiño Kieffer, Joaquín Gómez Bas, Angel Mazzei, Leopoldo Marechal, José Blanco Amor, Syria Poletti, Sábado, Antonio Requeni. Estos escritores, han coincidido conmigo en la necesidad de redactar un Gran Manifiesto Literario que contribuya a la redención de nuestras *bonae litterae*. ¿También usted cree pertinente un manifiesto literaturaterápico?

—*A mí no me gusta estar en desacuerdo con mis interlocutores, especialmente tratándose de esas personas que usted ha nombrado y de usted mismo. Pero en principio no creo en esos*

manifiestos; creo que los manifiestos son una de las redoutables invenciones francesas; creo que cuando menos política hay en la literatura, y quizás en todas las cosas, mejor.

—Pasemos rápido, velozmente, a otra pregunta, para olvidar los efectos de la palabra política. Como usted ha discutido y refutado tantos libros y tantos autores y tantos argumentos (muy natural en quien ha entregado su vida a la literatura), le recordaré una declaración de Menéndez y Pelayo para que diga qué opina de ella. “No hay nadie” —decía— “que tenga razones suficientes, sea quien sea, para tratar la obra de otro con dureza, sea quien sea también el que va a ser juzgado”. Permítame que me adelante antes que conteste: si usted dice que ha refutado ideas con otras ideas, pero no con dureza, le recordaré que, como decía Erasmo, toda crítica es dura aunque el crítico o el criticador no se lo proponga. Pero es usted quien debe hablar.

—*Estoy plenamente de acuerdo con lo afirmado por Menéndez y Pelayo. Si los buenos modales son necesarios y deseables en todas partes, no sé por qué los malos modales deben cultivarse en literatura. Pero suele ocurrir que uno es duro con un escritor cuando uno critica en ese escritor sus defectos propios. Yo, por ejemplo, publiqué hace un tiempo, no recuerdo bien la fecha, un poema en el cual yo censuraba mis propios defectos y mis propias limitaciones bajo el pretexto o la máscara de Baltasar Gracián. Entonces fui duro, porque el Baltasar Gracián de mi poema no era el Baltasar Gracián de la dureza, el arte y el ingenio, sino un Borges ligeramente disfrazado.*

—¿Qué juicio le merecen las leyes y la ley? ¿No cree que si se cumplieran para todos nadie estaría en libertad?

—*Entiendo que hablar de las leyes y de la ley es algo demasiado general, ya que por un lado tenemos las leyes del comunismo, las leyes del fascismo, y por otro tenemos las leyes redactadas por personas razonables y justas, de suerte que este tema me parece demasiado amplio y demasiado minucioso para que lo agotemos y para que lo abordemos siquiera en el exiguo tiempo del que disponemos.*

—Pasemos entonces a otro más interesante, probablemente. En el trigésimo de sus *Proverbios del Infierno*, el poeta-pro-

feta William Blake dice que *lo que hoy es evidente, una vez fue imaginario*, y después expresa: *Todo lo creíble es imagen de la verdad*. Como usted es un maestro en esta clase de subjetivismos y metafísicas, ¿puede decir si cree decididamente que lo posible es tan valioso como lo real y si todo lo real pudo no haber sido siquiera sospechado?

—*Lo que más exacto sería decir es que todo lo real empezó siendo meramente posible. En el caso de las empresas humanas esto es muy claro. Esas grandes empresas empezaron siendo conversaciones, charlas de café, proyectos en los que acaso no creyeron sus propios ejecutores; y quizás si pudiéramos penetrar en el abismo de la divinidad, en el abismo previo a la divinidad, anterior al tiempo, veríamos que Dios antes de crear el mundo no creyó mucho en la posibilidad de hacerlo; y el mundo antes de ser una realidad, una dolorosa y compartida realidad, fue acaso imaginación, o un capricho, quizás un ocio de la mente divina.*

—Hay que agradecerle, Borges, que haya explicado exotéricamente lo que es tan esotérico. Lo felicito por la equis. Creo que podemos seguir en el mismo plano: En otros tantos 17 de febrero —distintos años, ya se sabe— nacieron Bécquer, Melanchton y Laennec, y creo que también Eduardo Zamaoís. Y murieron Enrique Heine, Molière, Lenormand, Borodin y Giordano Bruno. ¿Cree en un misticismo numerológico en que la Providencia no hace su reparto a ciegas, le sugieren algo esas coincidencias? Me anticipo a suponer que quizás no, porque fue un 24 de agosto, fecha en que nació usted, que se produjo la noche de San Bartolomé...

—*En cuanto al 24 de agosto se dice que es la única noche en que el diablo anda suelto. En cuanto a las otras coincidencias, sospecho que ese misticismo numerológico sirve más para los propósitos de la literatura y especialmente de la literatura fantástica que para la verdadera meditación. Desde luego no creo en la astrología, no creo en las virtudes de la cifra 365, de suerte que pienso que podría escribirse un buen cuento partiendo de esas coincidencias.*

—No sé si pedirle disculpas por lo que voy a preguntarle, porque quizás usted me agradezca la pregunta. ¿Qué opina de la Política?

—Que en nuestro tiempo es quizás un mal necesario. La Política se contradice con la Ética, pero espero que haya épocas futuras, próximamente futuras, en que pueda olvidarse la Política y dedicarse a temas más interesantes, como el silogismo, la metáfora, la parábola...

—¿No cree que hay una contradicción entre los términos mal necesario? Porque si algo es un mal, podría no ser necesario, y si es necesario, quizás no sea un mal.

—Quiero decir que aunque prefiramos pensar en otras cosas, nos vemos obligados a pensar en la Política. Sobre todo, el escritor no puede ser insensible a ciertos problemas. Recuerdo que durante la dictadura las personas insensibles a ese problema eran no sólo insensibles sino muchas veces cómplices y muchas veces cómplices voluntarios.

—¿Y cómo juzga a aquellos para quienes la literatura, la estética y el arte están por debajo de la obligación moral de ser político o por lo menos politizante o, en fin, de no ser insensibles a la Política? Antes de contestar, permítame recordarle lo que dice Sartre sobre Flaubert y Goncourt: que fueron responsables, en cierto modo, de la represión que siguió a los sucesos de la Commune en 1848, por no haber escrito una sola línea contra ella. Claro que Sartre omitió agregar que *mot just* Flaubert dejó escritas *Madame Bovary* y *La educación sentimental*...

—Yo sé muy poco de historia francesa. No sé si la represión fue exagerada o no, pero creo que tiene que haber una relación entre la literatura y la ética. Sospecho que precisamente la buena literatura se diferencia de la mala porque el fondo de la buena literatura, aunque sea una literatura triste, es siempre valentía, fe y esperanza.

—Usted, que es un omniscio informador de muchas materias, ¿puede decir qué opina de Tolstoi, comprometido con la moral; de Dostoievski, el supremo indulgente; de James Joyce y de Proust? ¿Cree que Proust es el último gran novelista?

—En un catálogo de novelistas yo me atrevería a incluir un nombre que no ha sido incluido aquí (desde luego, no se trata de una lista exhaustiva), pero aprovecho todas las ocasiones posibles para hablar de aquel gran novelista no sé si inglés

o polaco o ambas cosas que se llamó Joseph Conrad. En cuanto a la novela, ya que empecé hablando de Chesterton voy a citar a Chesterton. Dijo Chesterton que la novela casi ha nacido con nosotros y bien puede morir con nosotros. Yo creo que más importante que la novela es el cuento, y el cuento es tan antiguo como el hombre, y así como en la niñez del hombre están los cuentos, así como a un niño le gusta oír cuentos, así los cuentos que se llamaron mitologías o cosmogonías están al principio de la humanidad y son más importantes, me parece, que la novela, es una forma típica de nuestro tiempo y acaso sólo típica de nuestro tiempo y no de todos ellos.

Conrad, polaco o inglés... Chesterton... El cuento... La erotema era sobre la fisonomía edificante del ético de Yasnaia Poliana, sobre la indulgencia del creador de *Crimen y castigo*, sobre el mago de *Ulysses* y sobre si el autor de *La Búsqueda del Tiempo Perdido* era el último gran novelista, pero Borges ha obviado las cuestiones apartando las preguntas o huyendo de las respuestas. Seguramente debo decirme como los alemanes: *Das Schweigen is einen Meinung*, el silencio es una opinión.

—Creo, Borges, que la prudencia enseña que hay que pensar muchas veces lo que se ha de hacer una sola vez. La imprudencia consiste en hacer muchas veces lo que se ha pensado una vez sola. ¿Usted cree que hay mucha sabiduría en la prudencia y que es riesgoso ser imprudente?

—En el caso de la literatura, ya que este diálogo es esencialmente literario...

—...esencial, absolutamente literario...

—...creo que es mejor que los escritores sean un poco imprudentes. No conviene que estén vigilándose todo el tiempo. Esto puede inhibirlos. Hace un rato hablé de Hernández y podríamos hablar de Shakespeare también, a quien le interesaba escribir piezas de teatro para los cómicos de su empresa y no escribir obras inmortales. Quizás lo mejor para un escritor sea desertar de la teoría y entregarse a la práctica.

—Borges: después de todo lo que ha dicho, ¿le interesaría, ahora, decir algo sobre lo cual no le haya preguntado?

—Hay un libro que se titula Libro de todas las cosas y de

otras muchas cosas más. *En este caso creo que no hay ningún tema que no hayamos tratado.*

—A lo único que no nos hemos referido es a aquellas cosas que se dicen por debajo de las palabras y con los labios cerrados.

Laberintos: el lúdico, el político, el de la perplejidad. Catarsis del yo.

Pero lo mismo que las luces de la cárcel disminuyen cuando se hace pasar la corriente por la silla eléctrica —una guiñada uruguaya, como la que hacía en otro tiempo la Central Eléctrica de Montevideo a las ocho de la noche—, así ha empalidecido la ciencia literaria después de lo que Borges ha dicho con ética, estética y pedagogía. Estar de acuerdo con él o en disidencia es una situación que no impide el reconocimiento de su omnisciente naturaleza. El detractor antiborgiano de la calvicie y la experiencia puede disminuir envidiosamente la importancia de la sabiduría borgiana (“yo, con erudición, ¡cuánto sabría!”), y el confutador honrado puede pensar de otro modo del que piensa Borges (y tener razón en lo suyo al propio tiempo que no la tendría Borges), pero ambas disposiciones de ánimo y de pensamiento son como esas siluetas móviles y huidizas que nos parecen indistintas pero que tienen cada una su contenido y su forma. Unicamente esa dureza de miras rayana en la callosidad intelectual se deja atraer por el espejismo de la unilateralidad que pone anteojeras que obligan a mirar hacia adelante, y para el empecinado unilateral sólo lo que le gusta y comparte está enfrente: lo demás no lo ve y por consecuencia no puede juzgar objetivamente: se concreta a negar lo que no participa de sus ideas y que además su unilateralidad no le permite ver y apreciar. No pudiendo ni apreciar ni valorar, la única salida es la negación. Importante y valiosa es la opinión de uno que no pertenece ni a la línea borgiana ni a la prole de la flecha antiborgiana, y es uno de los más valiosos críticos latinoamericanos: Emir Rodríguez Monegal: “En gran medida, la nueva literatura arranca de Borges. Se explicó la obra de Borges, se ha hecho su biografía, se lo ha psicoanalizado, se lo ha antro-

pologizado, pero no se lo ha analizado literariamente en su relación hombre-obra, obra-hombre. Hay algunos libritos que han tratado el tema, pero no con la suficiente amplitud. Yo pienso demostrar cómo el señor Jorge Luis Borges se convierte en Borges, esa especie de fenómeno literario. Ahora Borges significa más un concepto de la literatura que otra cosa. Yo diría que Borges es el escritor más importante vivo dentro de la literatura latinoamericana, algo más, creo que del mundo. El ha encontrado una imagen del escritor para nuestro tiempo. El escritor como texto. Borges ha descubierto que el escritor es un texto y que la literatura es el desciframiento de un texto. Lo descubrió porque él mismo se ha visto a sí mismo como texto y eso es lo que aparece reflejado en muchas literaturas bajo muchas formas. A la literatura actual latinoamericana, Borges le sirvió de punto de partida. Les ha enseñado a todos que hay que empezar por tener un texto válido. Después, en ese texto puede poner lo que uno quiera o pueda. Claro, después, todos han tenido que reaccionar contra Borges. Entonces aparecen parricidas a escala gigantesca. Si no, Borges los hubiera destruido”.

La política, centrípetamente, es un continente integral que, como el amor, la poesía, el arte y la amistad, lo contiene todo, pero, centrífugamente, posee la desdichada facultad de promover el crecimiento de la hierba en el camino de la admiración y el juicio objetivo y en el de la misma ciudad. Las brutales opiniones literarias que arrancan de una u otra posición política son tan irrazonables como despreciables. Los fascistas son más fascistas que Mussolini, los comunistas lo son más que Lenin, los surrealistas más surrealistas que Breton, los existencialistas más existencialistas que Sartre, los judíos más judíos que Scholem Aleijem y los protestantes más protestantes que Lutero. Pero quienes tengan la lucidez de comprender que en asuntos literarios o artísticos no debe crecer la hierba y que el matorral no debe impedir la medición del campo, no serán más católicos que el Papa. *Creo que una de las confusiones de esta época es valorar la literatura desde el punto de vista político. La literatura tiene un gran efecto político pero es un efecto que no es literario* (Emir Rodríguez Monegal). Acerca de esa actitud asumida para juzgar la obra de un

escritor, de ser más budista que Buda o más conservador que Churchill, ofrezco el ejemplo de alguien que, no participando ni de las ideas ni de la filiación política de Borges y que ha sido su rival en el Premio Nobel, ha dicho de él, en una demostración de que un espíritu amplio es siempre menos papista que el Papa: "Borges es un gran escritor; antes que él teníamos pocos que pudieran compararse a los escritores de Europa. Teníamos grandes escritores, pero no había muchos del tipo universal de Borges. No puedo decir que haya sido el más grande, pero es el que ha abierto el sendero". Los momificados en sus juicios literarios, dependientes de su posición política, se sorprenderán un tanto al saber que esas palabras pertenecen a Pablo Neruda. En tanto, el señor Leónidas Barletta, se siente más comunista que Neruda al llamar a Jorge Luis Borges —créase o no— "cachafaz", "fracasado", "el pobre Borges", "vate criollo" y "vate septuagenario", "buscador de puestitos", "pergeñador de cuentos persas", y al recomendarle: "lávese de toda esa mugre metafísica". Seguramente no debo hacer ningún comentario sobre las expresiones del hominíaco Leónidas Barletta, a menos que recuerde los adjetivos denigrantes que Ben Jonson dedicó esmerada y furiosamente a Shakespeare: "poeta macaco", "remendón de viejos dramas, como de viejos trapos", "ridículo autor de monólogos para cloquear en la escena". Pero eso acontecía cuando el docto y humanista Ben Jonson se hallaba bajo los efectos del vino en la taberna Marmaid que frecuentaba (donde mató de una indocia e inhumana puñalada a un comediante), y bajo la influencia de lo que él mismo llamaba "mis caprichos, mi cinismo, mis mascaradas". Porque cuando el verdaderamente docto y prototípico humanista del Renacimiento Ben Jonson era quien era en esencia, sus calificativos destinados a Shakespeare adjetivaban con yuxtapuesta precisión: "alma del siglo", "delicia y maravilla de la escena", "prodigio mayor de la poesía". (Quizás sean las invectivas enrabadas y los elogios celestiales a Shakespeare el origen de la inscripción que reza sobre su tumba en la Abadía de Westminster: *Oh, raro Ben Jonson*). Pero no puedo encontrar una equivalencia entre el zote mostrenco Leónidas Barletta y el docto y ágil Ben Jonson sin confundir el águila con el topo y sin que la confusión sea como dar el pésame con-

teniendo la risa, actitudes impropias de quien cree en Ben Jonson, en Shakespeare y en Borges antes que en el autor de propósitos repudiables. Además del ejemplo de Neruda, otro ejemplo, en este turno a propósito de Julio Cortázar, dado por alguien cuya posición política es antípodamente opuesta a la del escritor de *Rayuela*: "El hecho de que yo sea conservador y él comunista no tiene nada que ver con el hecho literario. Todas las opiniones son superficiales. Lo importante es lo que está más allá de nuestras opiniones. Estas cambian. No creo que un escritor deba ser juzgado por sus opiniones. En ese caso, yo tendría que admirar a todos los escritores conservadores. Y Cortázar tendría que admirar a todos los comunistas. No creo que ése sea su caso. La literatura es algo mucho más complejo que esas cosas". Los petrificados en sus juicios literarios, subordinados de su partido como sácopes de la arrodillada sumisión, se sentirán un tanto turbados al saber que esa declaración pertenece a Jorge Luis Borges...

El apolítico y antipolítico Borges, que a la literatura comprometida opone el compromiso con la literatura, no tiene el yo insulado típico del que cree que en sí y en su apoliticismo están el principio y fin de todas las situaciones temporales, entre ellas la política, tal como sabe también (esto es sabiduría y lo demás es estar embalsamado con la gomorresina y las vendas de un partido, cualquiera sea el color, aunque todas las banderas están desteñidas) que la vana actualidad de una obra literaria y el nombre de un escritor son como la actualidad huidiza de la misma vida. El único dogmatismo del apolítico es el antidogmatismo: otras dos declaraciones de Borges certifican —toda una ratificación contundente y testimonial— que Borges opina de la politización y la Política con la plenitud e independencia que faltan en los politizados: A la pregunta de si considera que la adjudicación del Premio Nobel reviste un sentido político, ha contestado, no haciendo caso de los motivos que tendría para quejarse y peyoratizar contra el Premio de Suecia: "Sí, y está bien que lo tenga. El mundo está dividido en los bloques occidental y oriental. Las piezas están colocadas en el tablero y debemos accionarlas. Así es que todos estamos identificados con uno y otro bando. Se trata de una situación dada por la historia y no podemos eludirla

porque permanecemos dentro de la historia, aunque muchos argentinos no lo estimen así". Para los antiborgianos que acusan al poeta de *Cuaderno San Martín* de ser un súbdito del Imperio Británico "bajo cuya férula está" (un risueño y estúpido octosílabo, además de gratuito), una reveladora afirmación de Borges echa por tierra, mar y aire y el espacio interestelar y la plataforma submarina semejante extravagancia, mezcla de barbaridad y mala fe (politizada): "En cuanto a las ideas, después de todo no tiene mucha importancia que un escritor tenga determinadas opiniones políticas, porque la obra se llevará a cabo a pesar de ella, como en el caso de Kipling. Supongamos que usted considera la idea del Imperio Británico —bueno, en *Kim*, creo que los personajes que uno prefiere no son los ingleses, sino muchos de los hindúes, de los musulmanes—. Creo que son más simpáticos. Y eso es porque pensó —no, no es porque pensó que eran más simpáticos— sino porque los sintió más simpáticos". Pero los literaturacomprometidos —la expresión exacta es *sometidos*, porque la literatura comprometida tiene sus nobles razones y su respetable razón, exceptuando cuando está arteramente politizada, como la que sostiene y defiende el genial escritor, poeta, ensayista, editorialista, director teatral, publicista, filósofo, cuentista, novelista y periodista Leónidas Barletta— denunciarán en Borges su extranjerismo y lo acusarán de metafísico y esteta (¿cómo puede censurarse lo que debe ser elogiado?; tanto valdría *acusar* a Baudelaire de prolijísimo perfeccionista o a Gandhi de proclamar la no violencia), y luego de la denuncia y la acusación permanecerán yacentes en decúbito supino por toda la eternidad para descansar del esfuerzo realizado. Esa especie de perspicacia tan parecida a la ineptitud y esa suerte de clarividencia muy comparable con la necedad, jamás advertirán, ni aunque les avisemos pisándolos por debajo de la mesa, que "como los escritores, además son individuos" (Emir Rodríguez Monegal *dixit*), "están reaccionando en un mundo político, están cargados de política. Pero todo eso no facilita la lectura en lo que las obras tienen de literarias. Aquí radican estas confesiones extraordinarias. Por ejemplo, un escritor como Alejandro Carpentier, que, desde el punto de vista político, está en una posición revolucionaria, como escritor es un escritor

reaccionario. En cambio, Jorge Luis Borges, que está en una posición antirrevolucionaria, es, a pesar de todo, un escritor revolucionario como escritor. Y si no tenemos en cuenta estas paradojas, no vamos a poder entendernos".

El malísimo principio —verdaderamente, la mínima de las máximas adoptadas por los enjuiciadores politizados, pues no carecen de otros principios más encarnizadamente injustos— según el cual con alaridos espasmódicos puede juzgarse a un intelectual, no es, afortunadamente, el principio común denominador que comprende a todos. Pero aun así, van involuntariamente a la zaga del entuerto creado e impuesto por la política en asuntos literarios. Uno cuya canoa es impelida por el remo del compromiso es Norberto Galasso, autor de *Discépolo y su época*, libro admirable, profundo, de una exhaustividad que deja al poeta de *Cafetín de Buenos Aires* y el tema decididamente agotados: por lo que se lee en este libro serio y entrañable, se ve que solamente Norberto Galasso podría completarlo a pesar de sus trece capítulos y los apéndices decididamente integrales. Y sin embargo... hay que volver al auxiliador *exceptis excipiendis*, esta locución latina que en dos palabras expresa lo que en castellano decimos con seis: "excepto lo que hay que exceptuar". Pues si esta importante obra sobre Enrique Santos Discépolo es un dechado de aciertos que se multiplican progresivamente —un análisis de los "viejos políticos" que preparaban la campaña electoral de 1951 ("nervios de punta y áspera palabra combativa") y a los que incluye en un *in totum* que va "desde el stalinismo hasta el conservadorismo", viejos políticos de espaldas al pueblo— la progresiva multiplicación de verdades se detiene cuando Galasso expande su diatriba hacia el plano cultural, "que no ofrece variantes": Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y quien esto escribe son escritores insensibles a los problemas del país y desaprensivos respecto de la obligatoriedad moral de ocuparse de la cuestión social y de la situación política. Jorge Luis Borges con *Las antiguas literaturas germánicas*, Julio Cortázar con *Bestiario* y Bernardo Ezequiel Korremlit con *La torre de marfil y la política* —"vano intento de justificar el arte por el arte de las élites traidoras"— son tres escritores ausentes de la dramática intensidad que vive la Argentina de 1951. Más favorecido y halagado no puedo sentir-

me (aunque pienso en lo encumbrado que podría estar con la compañía de Shakespeare y Dostoievski...), pero la medalla es apenas un disquito de metal si yo fuese merecedor, como tampoco lo son Borges y Cortázar, de juicio tan injusto como ofensivo. Nada digo ahora respecto al error de que se me considere un justificador del "arte por el arte de las élites traidoras" y de ser insensible a los problemas del país, porque éste es un capítulo en el que hablo de Borges y no de mí.

El laberinto (que apasiona la sensibilidad de Borges) no es únicamente la espiral encaracolada ni el fragoso lugar artificioosamente lúdico del cual, una vez dentro, es difícil encontrar la salida: también es la confusión y el desasosiego, producidos por la red de turbiedad que tejen quienes simulan ignorar que la literatura comprometida es una literatura política: si no lo es directa y específicamente, lo es por el alcance y los efectos políticos que busca obtener. Y los subproductos pseudopodios de la política son tan valederos como la política propiamente dicha: tal es la abarcadora integración de su omnímoda potestad (dicho con admiración por esa poderosa conglobación del hombre, la vida y la historia que es la entelequia de la Política). Pero del laberinto puede salirse con sólo despejar la confusión y destrabar las cuerdas y desanudando los hilos de la malla hasta pasar de la turbiedad a la transparencia. Quien clave la mirada y distinga (*distinguir*: "conocer la diferencia que hay de unas cosas a otras") una realidad (pero ésta todo un fundamento espíritu-intelectual) nacida con el genesiaco advenimiento de la mente y el alma humanos, verá deslaberintizada la situación: que las primicias de la inspiración, los estremecimientos de las vivencias fecundadoras del alma, los resultados de la creación tensa e insomne y los hallazgos del talento en permanente combustión y la inteligencia en ascuas, todo lo cual se une en el bivio del pensamiento y la belleza, no son ideologías políticas ni de clase (pueden serlo por expansión, pero éste ya es otro paisaje); sino que son, con su alegría o su amargura, su austeridad o su sensualidad, su conmoción dionisiaca o su serenidad apolínea, con sus cimas y sus simas y sus horrores o sublimidades, catarsis, la catarsis de derecha o de izquierda con sus jugos y sus sólidos, el gran

coágulo depurador que entrega los frutos de la inspiración, las vivencias, la creación y los hallazgos, y no ideologías y puntos de partida y de llegada políticos. La gran catarsis y el mundo desvelado de la creación literaria o artística, con su acendrada estética, que incluye a la ética (al revés del mundo de la ética [supuesta] que generalmente excluye a la estética). Es la salvadora catarsis cualquiera sea su posición: ("la belleza debe ser popular", proclaman las izquierdas; "la belleza es divina y sobrenatural", sostiene la reacción), y así sucesivamente: catarsis, primicias de la inspiración, estremecimientos de las vivencias, resultados de la creación tensa e insomne y hallazgos del talento, y no ideologías ni doctrinas ni militancias políticas.

¿Que hay para Borges en el juicio de ateos y creyentes, literaturacomprometidos y comprometidos con la literatura, izquierdas y derechas, gnósticos y agnósticos? Pues ahora podemos hablar del laberinto como símbolo de la perplejidad: laberinto y perplejidad que, como los tigres, el tiempo, el cielo y el infierno, los compadritos, las espadas y los símbolos, consituyen sus emociones más intensas. De la izquierda incrédula le importan poco o no le importan nada los juicios, de las derechas creyentes tampoco, ni siquiera algo. De las primeras ha dicho que es lógico y razonable que el mundo esté politizado; de las segundas ha confesado dramáticamente: "Aquello en lo que no puedo creer es en la idea del castigo o del premio, porque no creo que mi conducta personal pueda interesar al Ser Divino si existe". Tan creyente y tan ateo, su laberinto es maravilloso y los primeros perplejos somos nosotros y no él.

Entre las muchas injusticias de la vida literaria, conozco ahora la astringente compulsión de expresar mi opinión sobre Jorge Luis Borges en el mezquino espacio de apenas un capítulo. Decir en síntesis qué se piensa de Borges es hablar sin tesis. Pero puedo buscar un recurso de amparo en la justicia del verso de Horacio (*Odas*, III, I), en el que, aludiendo y exaltando el supremo poder de Júpiter, dice: *que conmueve el universo con sólo arrugar el ceño*. Lo mismo puedo decir del lúcido creador de *Historia de la eternidad*, del estremecedor poeta de *Luna de enfrente*: si redacta una frase, si emite una idea, juntando o no las cejas, con esa frase y esa idea conmueve a la literatura.